

**HOMENAJE AL
ALMIRANTE ISAAC FRANCISCO ROJAS**

*Acto realizado ante el busto del Almirante Isaac Francisco
Rojas, en el Panteón del Centro Naval del cementario de la
Chacarita, el 14 de abril de 1998*

Palabras del académico Almirante. Carlos A. Sánchez Sañudo

Señores académicos, miembros de la "Comisión de Homenaje Permanente al Almirante Isaac F. Rojas", amigos del señor Almirante:

La Comisión de Homenaje que tengo el honor de presidir -y cuyos Vicepresidentes son los doctores Horacio A. García Belsunce, Alberto Benegas Lynch, Diego J. Ibarbia y el almirante Jorge J. Palma- ha considerado oportuno realizar este acto recordatorio, en el que el Padre Daniel Armando Zaffaroni rezará un responso y luego el académico doctor Alberto Rodríguez Varela hablará en nuestro nombre. Pero antes, séame permitido pronunciar muy breves palabras acerca de quien fue mi superior en nuestra carrera, y mi amigo durante gran parte de nuestra vida.

Fue sin duda un gran hombre, un brillante oficial de Marina que tuvo el raro privilegio de ejercer el Comando de la Marina de Guerra en Operaciones, y luego, terminada la lucha armada, ocupó el cargo de Comandante de Operaciones Navales y Vicepresidente de la Nación en un gobierno que se autotituló modestamente "provisional". Por ello ha dejado una estela que ha guiado por muchos años el pensamiento de sucesivas promociones de Oficiales de la Armada.

El Almirante fue un hombre de excepción en tiempos de excepcional gravedad. Fue y es un verdadero ejemplo en una sociedad sedienta de grandes ejemplos, los cuales no abundan, precisamente. Con sus virtudes y sus talentos es una luz

inextinguible que marcó el camino de la dignidad y el decoro para muchos argentinos, aun en tiempos de peligrosa amnesia.

A continuación pedimos al Padre Zaffaroni tenga a bien rezar el responso, y luego al doctor Rodríguez Varela le solicitamos quiera hacer uso de la palabra.

Palabras del académico Dr. Alberto Rodríguez Varela

Los aquí reunidos hemos vivido intensamente los últimos cincuenta años. Sería, por ello, superfluo recordar episodios fijados para siempre en nuestras retinas. Hemos presenciado el derrumbe argentino, bajo el influjo de ideas que llevaron a la catástrofe a los países derrotados en la segunda guerra mundial; tenemos muy vivas en nuestro recuerdo las jornadas de junio y septiembre de 1955; presenciamos con tristeza y asombro los espasmos de nuestra vida institucional; subimos varias veces la montaña de la esperanza y bajamos otras tantas al valle de los fracasos. Nos ha dolido siempre la Patria, la tradición republicana vapuleada, el manoseo de la Constitución histórica, la decadencia de las instituciones, la corrupción extendida, en fin, el olvido, el menosprecio o aun la traición a los grandes ideales de los hombres que forjaron la emancipación y la organización constitucional. Por todo eso estamos aquí, aunque seamos pocos, porque compartimos convicciones a las que no estamos dispuestos a renunciar y que no queremos olvidar ni disimular.

Mis palabras, sin embargo, no tienen el sentido de un reclamo, ni mucho menos el de un ajuste de cuentas. A esta altura de mi vida, y frente a realidades que no puedo desconocer ni modificar, prefiero dejar que el Señor se expida con sabiduría infinita cuando le llegue el momento de juzgarnos. Tal vez puedan vislumbrar un anticipo de ese juicio definitivo los historiadores de los próximos siglos, si es que están en condiciones de pronunciarse con objetividad.

Lo que sí me atrevo a proclamar en esta fecha, seguro de que no seré desmentido por quienes escriban la Historia, es que en las últimas décadas hemos tenido entre nosotros un hombre singular, a quien muchos contemporáneos no supieron valorar ni escuchar; que no se envaneció en la victoria ni se doblegó ante la adversidad; y que observó siempre una conducta cívica verdaderamente ejemplar.

Estoy mencionando al Almirante Isaac Francisco Rojas, ante cuyo bronce hoy nos congregamos, para conmemorar su tránsito por este mundo, que recorrió por una senda siempre rectilínea.

No voy a recordar su hora más gloriosa que, más allá de los falsificadores de la Historia, se encuentra definitivamente incorporada a los grandes fastos nacionales. Quiero referirme, en cambio, al hombre que tuve el privilegio de tratar a lo largo de varias décadas, y que me brindó el regalo de su generosa amistad.

En esta breve evocación me referiré, en especial, a dos aspectos de su rica personalidad. En primer lugar, quiero recordar su *coraje sin límites*. Fue esta una condición que le reconocieron todos, incluso sus adversarios, y que emergía de su sola presencia, como un resplandor inconfundible. Porque Rojas era, por sobre todo, un hombre valiente. Su personalidad se había fraguado en la forja de los héroes, de aquéllos que no retroceden ante el peligro ni se inclinan frente a los poderosos.

La fortaleza es una virtud cardinal sin la cual es imposible ejercer el mando y cuya ausencia esteriliza todas las demás virtudes cívicas. No niego que el temor es connatural a la naturaleza humana y que quienes nunca lo han experimentado no son valientes sino temerarios. La virtud de la fortaleza se adquiere en la primera etapa de la vida, haciendo prevalecer el deber sobre cualquier escapismo. Y nuestro Almirante había asumido desde muy joven la conciencia plena de que siempre debía afrontar los riesgos y mirar de frente al peligro. Esa conciencia, aceptada como un imperativo moral, formaba parte, de manera indivisible, de su modo de ser. No concebía, no imaginaba otra reacción en los momentos críticos, ni ante las diarias contingencias de la vida.

Recuerdo que cuando le preguntaba sobre lo que experimentaba en los momentos decisivos en los que se enfrentó

cara a cara con la muerte y adoptó decisiones categóricas, que no admitían ningún ulterior retroceso, me respondía que en tales encrucijadas de la vida se sentía invadido por una extraña calma que le movía a despreciar los riesgos y a cumplir con sus deberes a cualquier precio.

Fue un hombre de coraje no sólo en los grandes episodios nacionales que todos recordamos sino también en los pequeños, en los cotidianos, como cuando debió asumir su condición de víctima potencial de las hordas asesinas que durante una década asolaron nuestra Patria. Lo he visto en 1972 negarse a esperar una razonable protección policial y salir tranquilo, mirando de frente al grupo de activistas que lo observaba paralizado y enmudecido ante su inesperada presencia, y que instantes antes golpeaban amenazantes la puerta asegurándole que le matarían igual que al Teniente General Aramburu. Recuerdo mi inquietud, como Decano de la Facultad de Derecho y, en cierto modo, como responsable de su seguridad, para que cruzáramos con prisa el largo patio de pasos perdidos y llegáramos cuanto antes a la Sala de Profesores, y la sonrisa con la que me indicó que no tenía apuro ninguno y que, por tanto, era mejor caminar despaciosamente.

La misma serenidad exteriorizó cuando algunos contingentes extremistas o paraguerrilleros se dirigieron a su casa el 25 de mayo de 1973. Bajó de inmediato y se puso en la primera línea de fuego porque no podía consentir que otros se arriesgaran sin participar él, como siempre, del peligro.

Los oficiales de la Armada que se encuentran aquí presentes y que lo secundaron en tiempos gloriosos y en horas difíciles, lo saben perfectamente: *Rojas no le tenía miedo a nadie*. Y esto es bueno decirlo en los días en que vivimos, en los que observamos una crisis de coraje que nos carga de pesimismo, desde la perspectiva institucional, en cuanto al futuro de la República.

Las grandes epopeyas de nuestra historia, la guerra de la emancipación, las luchas civiles que precedieron a la organización constitucional de la República, fueron todas expresión de valentía por parte de los sectores enfrentados. El coraje formaba parte de nuestra idiosincrasia. Todos preferían una muerte digna antes que una vida descalificada por la cobardía. Ahora, en cambio, vemos

con dolor que predominan el oportunismo, la obsecuencia, las agachadas, el mirar para otro lado, el no arriesgar posiciones, el callar cuando se debe hablar, y esto por parte de quienes no deberían silenciar su testimonio veraz por fidelidad a su cargo, a su función, o a las instituciones que representan. Impulsada por esta deserción temerosa, la mentira se expande y penetra incluso por los canales educativos, contribuyendo a distorsionar la Historia y a confundir a quienes deban escribirla en el próximo siglo.

El contraste entre Rojas y los grandes “veletas” de nuestro tiempo, movidos sólo por el viento de sus pequeñas ambiciones, medrosos y oportunistas, es verdaderamente notable. Porque el Almirante no tuvo ambiciones bastardas, vivió sus años de retiro sólo por el bien de su Patria, elevando su voz siempre en defensa de la verdad, el honor, las instituciones y la genuina libertad de los argentinos. Nunca calló por miedo ni por cálculo mezquino. Es importante proclamarlo hoy cuando el temor amordaza a tantos medrosos y pusilánimes.

Al finalizar el discurso que pronunció el 16 de septiembre de 1987, para evocar la Revolución Libertadora, citó un viejo adagio alemán que, en cierto modo, fue el lema de su vida: *“dinero perdido, nada perdido; honor perdido, mucho perdido; coraje perdido, todo perdido”*.

La segunda virtud de nuestro Almirante, que quiero hoy poner en relieve, es su impresionante austeridad republicana. Y digo “impresionante” porque es una virtud que entre nosotros se encuentra en vías de extinción. Fue, sin embargo, la virtud esencial de los hombres de Mayo, de San Martín y Belgrano, de quienes ofrendaron sus vidas y sus haciendas en las guerras civiles, de los proscritos que desde países hermanos prepararon la aurora de Caseros, de Mitre y Alsina, de Sarmiento y Estrada. En fin, de todos los próceres que dieron prioridad a la República por sobre cualquier interés mezquino. Vivieron y murieron pobremente, austeramente. El servicio de la República no admitía otro enfoque. La función pública empobrecía y no era una oportunidad para enriquecerse ni hacer negocios.

Rojas estaba hecho con la madera de estos próceres. Vivió siempre en la modesta casa que muchos conocimos, cuya interioridad revelaba sin alardes pero con elocuencia la austeridad

de su ocupante. Recuerdo que en una oportunidad, encontrándose enfermo, me pidió que subiera a su dormitorio. Fue como penetrar a la celda de un monje cartujo. Y en el lecho de modesta madera tuve el privilegio de ver y asistir a uno de los hombres más grandes de nuestro tiempo.

Rojas dejó el poder el 1° de mayo de 1958. Desde entonces, hasta su tránsito a la eternidad, transcurrieron 36 años. Pudo haber dado vuelta la página e incursionar en actividades civiles o comerciales, como lo han hecho muchos después de retirarse del gobierno. No procedió así. Fue fiel a su estrella que le indicaba que todas sus energías debían estar al servicio de su Patria. No fue un desocupado. Por el contrario. El tiempo no le alcanzaba para prodigarse en múltiples temas de interés público. Le preocupaban la vigencia efectiva de la Constitución histórica, la defensa nacional, los intereses argentinos en la Cuenca del Plata, el problema del Beagle, la guerra civil argentina, el conflicto de Malvinas, y muchos otros asuntos de interés público. Fueron todos temas que lo apasionaron, que lo movieron a pronunciar discursos, a escribir libros, folletos y artículos, y a dar públicamente su testimonio, siempre apuntando al bien de la República.

Nunca se propuso obtener ninguna canonjía que atenuara su pobreza y compensara con algún beneficio personal su celo infatigable por el bien de su Patria. Permaneció en el llano, como un vigía, entristecido por nuestra decadencia institucional pero sin dejar de luchar con todas sus energías espirituales. Era el almirante por antonomasia y se había desempeñado como Vicepresidente de la Nación. Estos cargos cerraron su *cursum honorum*. Pero no lo apartaron del servicio público. Por el contrario, a lo largo de 36 años desarrolló un formidable magisterio cívico, con una autoridad moral que nadie, ni siquiera sus enemigos, le podían negar.

Señoras y Señores: Rojas tenía una fuente de energía espiritual que lo nutrió a lo largo de su vida y que le dio sentido pleno a su parábola vital. Era un hombre de Fe. Sabía que de Dios venimos y a Él nos encaminamos. Para seguir al Señor cargó sus cruces sin una queja, con su vista puesta en la meta definitiva, sin claudicar jamás. No se encorvó ante los poderes de turno; fue humilde en su grandeza; supo alternar con hombres de

quienes se encontraba distante en muchos temas opinables, para coincidir con ellos en cuestiones de interés nacional; tuvo firmeza en sus convicciones pero no fue sectario ni rencoroso; amó con ternura a su mujer, a sus hijos y a sus nietos; fue un defensor infatigable de la libertad y la justicia; y repudió el totalitarismo en todas sus expresiones. Formado profesionalmente para la guerra, nos demostró con gestos concretos que en definitiva era un hombre de paz.

Sus restos no están en esta necrópolis porque quiso que quedaran en el mar argentino, al que dedicó amores y desvelos. Al recordarlo, no lo busquemos entre los muertos. Porque el Almirante Rojas vive en el Señor y también en nosotros, que tenemos el honor de considerarnos sus albaceas espirituales y de guardar con unción fidelidad a su memoria.